

poético— toda poesía perfectamente lograda es intraducible a un lenguaje de ese tipo—. El poema mencionado nos habla de algunos acaceres mínimos en la vida de un hombre solo, abandonado por su mujer. Por la noche escucha un disco de Bach mientras prepara su comida, pero al instante de sentarse a la mesa nota su soledad esencial que, aunque con rasgos diferenciales, es la soledad misma, inherente al ser humano; nota, en fin, la ausencia del cariño que se brinda y se rechaza como una manera de afirmar el conocimiento en ese amor que siempre se teme no despertar en los demás. El mismo sentimiento de soledad acompañado ahora con un anhelo de sumisión aun enraizada en el hombre aparece en el poema siguiente *Cómo Duermes*. La tónica general del libro es esa, un intento por ascender de lo pequeño, humano, a lo general universal.

Ciertamente, esta manera de escribir poesía encierra sus peligros; puede ocurrir que el autor sea incapaz de ascender a lo general y quede en el plano de la anécdota intrascendente; puede ocurrir, también, que el poeta en una búsqueda de trascendencia caiga en lo discursivo, quiero decir, escriba en un lenguaje conceptual no poético. Es lo que ocurre por ejemplo en la composición *Sólo hay Periodos*. Desde luego que también hay en el libro poemas sin calidad alguna, meros rellenos para completar un volumen, pero son los menos. La impresión general que nos brinda el libro es de limpidez, claridad y simpatía. Si por momentos el "hechizo" es conjurado, falta la creación de un lenguaje poético original, la adjetivación por momentos recuerda a Neruda, pero en gran medida la obra se acerca a lo que, conjeturamos, espera Valdés de la poesía.

EDUARDO VARELA

ENRIQUE CAMPOS MENÉNDEZ: SOLO EL VIENTO... , Santiago de Chile, Zig-Zag, 1964.

Solo el viento... es una nueva versión del libro *Kupén*, que Enrique Campos Menéndez (nacido en 1914), publicara en 1939. Son doce relatos, cuyas líneas generales tienen puntos de apoyo, tomas de contacto, en trabajos de científicos, relatos de exploradores, crónicas de misioneros, como lo confiesa el autor (pág. 10).

Los asuntos de los diversos cuentos de Campos Menéndez tienen por protagonistas a los desaparecidos onas, que habitaban la isla Karukinká, conocida mejor por la denominación yagana de Oneisin. El lenguaje es sobrio y las descripciones no interfieren los sucesos con noticias afligentes.

Kupén, eje del primer relato, es una anciana pretextual, resabio de viejas tradiciones narrativas, que da las primeras puntadas al tejido de estirpe legendaria, cuyo núcleo muestra la dignidad de los onas en un mundo arduo. Tempestades, asistidas de traiciones de diversa índole: luchas épicas con el ámbito natural, en busca del sustento; conflictos sentimentales —tras la línea de Chateaubriand—; en el fondo, una acusación

morigerada al hombre blanco, que empobrece, a fuerza de algo cuyo nombre menos ominoso sería civilización, el universo mágico de los onas.

La curiosidad, ese vicio también impune, nos detiene ante el cuento *El Misionero* (págs. 135-145), antologado en Suecia —como única contribución del cuento chileno— junto a textos del zahorí Borges y de otros relatistas hispanoamericanos. Tiene una concisión admirable, un desarrollo eficaz, un suspenso adecuado y un final imprevisible. Tragedia e ironía se dosifican, entrecruzándose en el cuerpo de la ficción. *El Misionero* nos recuerda el perfecto cuento del guatemalteco Augusto Monterroso, *El eclipse*, contenido en *Obras completas (y otros cuentos)*, México, 1959.

Solo el viento. . . constituye una interesante visión de un mundo inhabitual. La sobriedad del conjunto esquivada por dos eficaces Scila y Caribdis: el fraude estetizante, con implicaciones de Rousseau y nostálgicos respuntes de Chateaubriand, y el tono oracular de un antiblanquismo, con lenguaje de San Juan el Teólogo, donde es posible hallar siete lámparas, un mar de vidrio semejante al cristal, cuatro animales con ojos adelante y atrás y veinticuatro ancianos postrados¹.

Para completar la visión del libro de Enrique Campos Menéndez resulta utilísima la lectura de la obra *Uttermost Part of the Earth*, de Lucas Bridge, quien vivió entre los onas, asimiló sus modos de existencia, aprendió el lenguaje y publicó su autobiografía en Londres, en 1947.

ALFONSO CALDERÓN.

NATHALIE SARRAUTE: LES FRUITS D'OR. París, Editorial Gallimard, 1963, 227 págs.

Premio del Cuarto Internacional de Literatura, otorgado en Salzburgo, mayo de 1964.

El premio otorgado por el jurado de Salzburgo a Nathalie Sarraute constituyó el primer reconocimiento internacional oficial de esta nueva corriente novelística llamada antinovela.

La autora de *Les Fruits D'Or* encarna una de las dos líneas de esta nueva novela (la otra es la de Alain Robbe Grillet). En su ensayo *L'Ere du Soupçon*, declara que la principal finalidad de su obra es descubrir movimientos subterráneos de la síquis humana y que su método es la presentación externa.

Les Fruits D'Or carece prácticamente de acción, como todas las obras de esta corriente. Esto no es el resultado de una incapacidad de crear intriga y de hacer participar en ella a los personajes, sino que obedece a uno de los principios fundamentales de la antinovela. Está guiado por

¹Jorge Luis Borges, "Las últimas comedias de Shaw", *Sur*, Buenos Aires, septiembre de 1936, pág. 125.